

# En busca de la luz

Ramón Alberto Cruz-Lima

Idalia pasa su mano por la meseta de hormigón de la cocina y la siente falta de un buen restregón con detergente, pero eso es algo que hace mucho tiempo dejó de importarle. Lo que realmente le importa ahora es qué va a cocinarle a su esposo cuando llegue del trabajo. "Calabazín", es lo que le viene a la mente. En el refrigerador hay media calabaza, unas hojitas de ajo porro y un macito de cilantro. Manos a la obra -piensa con resignación- es lo mismo que han comido día tras día desde que arrancó la época de la calabaza. Y gracias a Dios -se consuela.

Por la ventana entra junto a la brisa de la mañana la voz de un radio que a ratos da la hora y relata con emoción un desfile en Pinar del Río en reclamo por el retorno del niño Elián González. Instintivamente Idalia se vuelve hacia la ventana por donde entra el sonido intruso para cerrarla con furia pero sólo consigue que a las persianas semi podridas se le caigan cuatro tablillas más.

"Diez de la mañana", dice el locutor. "¡Santo Dios! -piensa Idalia- a las 11:30 llega Ramón y ni siquiera me he cepillado los dientes". La crisis de ansiedad la derrumba en una silla de la sala y se pone a llorar.

Ramón llega cerca de las 12 y la encuentra tumbada en la cama con la mirada vidriosa. Preocupado, acerca su cara a la de ella, la siente respirar y respira él mismo aliviado. Idalia ya había tratado de suicidarse antes y el psiquiatra aconsejó que sacaran de la casa todo medicamento que ella pudiera ingerir en dosis excesivas. Así se hizo. Pero uno nunca sabe qué otras ideas se le puedan ocurrir a una persona para quien la vida dejó de tener sentido.

Los estados depresivos de Idalia comenzaron hace tiempo, por los 60, cuando a su marido le intervinieron la prospera bodeguita que con mucho tesón se había hecho de la mayor clientela en los alrededores del hospital. El humanitario gobierno revolucionario había esperado taimado a que le surtieran la mercancía del mes y a que Ramón hiciera el pago al contado para expropiarle todo sin derecho a reclamar un centavo. De nada valió enseñarles a los inspectores los bonos del 26 de Julio y los papeles de su detención por la guardia batistiana en el 58. Cuando necesitaron plata para la Sierra Maestra ellos lo vinieron a ver; ahora lo llamaban pequeño burgués y lo enviaban a la agricultura a que se ganara el sustento. Ramón lloró de frustración y con él Idalia. También lloraban de pura tristeza aquellas tardes en que él llegaba del trabajo casi a tumbos con algunos pepinos robados del surco y escondidos entre la ropa hedionda a sudor y tierra colorada. Para que sus hijos fueran a la escuela vestidos con decencia Idalia pasaba noches frente a la máquina de coser deshaciendo pantalones de caqui de talla descomunal que su hermana robaba en el almacén donde trabajaba. Las sábanas nuevas de repuesto también se transformaron en ropa para el colegio hasta que no quedó una. Todo lo guardado por años se

fue acabando hasta que llegó el momento de vender lo que por amor propio o tal vez por la terquedad de Idalia había permanecido intocable: el automóvil de Ramón. La tarde en que se lo vinieron a llevar Idalia se encerró en el baño y se mordió los antebrazos hasta la sangre para ahogar el otro dolor.

Pasaron más años y llegó la hora de que a sus hijos los arrancaran del hogar para dar comienzo al adoctrinamiento programado en las becas del campo. Idalia y su esposo, como muchos padres cubanos, habían optado por guardarse para sí todo el odio y la inconformidad que sentían a fin de evitarle a sus hijos el martirio de los rebeldes y de paso allanarles una formación profesional que el día de mañana les fuera de utilidad. Así fue que sus dos muchachos terminaron el pre, llegaron a la Universidad e incluso uno se lo mandaron a la URSS de donde regresó con honores académicos y nombramiento directo a un puesto de profesor en la universidad local.

La sensación de angustia y ansiedad parecían comenzar a perderse en el pasado para Idalia y aunque Ramón seguía trabajando como un condenado (ahora como chofer de ómnibus escolares) el prestigio y la estabilidad de sus hijos le transmitían un poco de paz. Quizás hasta el odio hubiese quedado a un lado de no ser porque la bestia, insaciable en sus desmanes, volvió a golpear. La casa íntima y confidente donde la pareja vivió la mayor parte de su vida y en cuyo patio prolifero de frutas vieran crecer a los hijos, les sería arrebatada por dictamen del Partido para agrandar el hospital provincial. No se les ofreció a los dueños una propiedad similar a cambio, nada de opciones. Se les entregaría un apartamento de tres cuarticos cuya área total siquiera alcanzaba la mitad del inmueble arrebatado. El hijo mayor, el de la universidad, se excusó por unos días del trabajo y viajó a la capital en busca de justicia. Nadie le dio audiencia. Era un plan aprobado desde arriba y eso no admitía discusión. La mudada se hizo con visos de funeral.

Idalia hacía lo posible adaptarse a las nuevas circunstancias, pero los fantasmas del pasado empezaron a rondarle. Cuando la presidenta del CDR se apareció a darle su carné de nuevo miembro en la zona, ella le tiró la puerta en la cara. El hijo pródigo fue llamado a las oficinas del rector de la universidad y advertido de lo poco conveniente que era la actitud de su familia para su carrera. Vinieron a la vez otras calamidades. La diabetes de Ramón comenzó a hacer estragos. Primero fue un pie amputado y casi de inmediato la pérdida casi total de la visión que lo obliga al retiro forzado con una pensión miserable. Los varios meses que pasó Idalia a la cabecera de su esposo en salas de hospitales sin higiene, atestadas de pacientes gangrenosos sin medicamentos ni vendajes adecuados siguieron taladrando la salud nerviosa de Idalia.

Llegaron entonces los 90 y el Periodo Especial con su andana-

da de hambre, apagones, mosquitos y desespero. El país se retuerce; hay maleconazo, remolcador, brigadas de respuesta rápida, carteles anticastristas, disidencia, represión. Idalia tiene presentimientos, el miedo la paraliza. Su hijo, el de la universidad, su orgullo, cae en problemas. Un viaje a México planeado para su tesis doctorado empieza a complicarse, algo pasa, la aprobación del ministro se dilata y hay enfrentamiento verbal con las autoridades de la universidad. Ella no entiende qué está pasando; todo va demasiado rápido. Un día le expulsan a su hijo de la universidad, pero al siguiente día él vuelve a su puesto en señal de protesta y lo sacan del aula frente a todos los alumnos escoltado por la policía. Se lo llevan detenido, ella no sabe adónde, grita, quiere sacarse de adentro el odio que lleva reprimido por más de 30 años pero la sedan.

El hijo apela, pide razones, amenaza con volver a las aulas, pero la respuesta le viene en la forma de nuevas detenciones y actas de advertencia.

En casa ya no hay dinero ni para aspirinas. El profesor finalmente decide resignarse a buscar otro empleo, pero la maquinaria no perdona. Ya la Seguridad del Estado se le adelantó y sembró de minas su sendero. El plan es claro: no dejarle otra opción que los cañaverales para que maldiga la hora en que se puso a boconear. Pero el muchacho además de estudios también tiene temple y toma la decisión de unirse a la oposición para contarle al mundo las inmundicias del castrismo.

Idalia lo admira, pero el terror la paraliza. Ramón, mientras tanto, desafía a la ceguera y la falta del pie, e instala un puestecito de zapatero en los bajos del edificio. El hijo menor ayuda como puede; su situación no es fácil tampoco con dos niños que alimentar y la esposa enferma de buenas a primera con un diagnóstico de probable tumor cerebral. Idalia no puede con la noticia. Esa misma noche intenta quitarse la vida con una sobredosis de medicamentos y la rápida actuación de los suyos logra rescatarla de la muerte.

Los médicos le recetan medicamentos que sólo pueden suministrarle como paciente interno en el Hospital Psiquiátrico. Dolió hasta lo más profundo tenerla que dejar allí entre tanta gente extraña que deambula por los pasillos en andrajos y con la mirada perdida.

Aprovechando la falta de supervisión del personal y haciendo demostración de una perturbadora lucidez, Idalia acumula los medicamentos de toda una semana que se saca de la boca cuando los enfermeros dan la espalda y comete un nuevo acto de suicidio. La familia acusa al hospital de negligencia una vez que Idalia es devuelta a la vida, pero la denuncia se traba en los laberintos jurídicos de la tiranía.

Idalia no vuelve al hospital. Ramón guarda su mandil de zapatero para cuidarla en casa. El hijo mayor pide ayuda internacional para conseguir las medicinas que el gobierno le niega a su madre para tratarse a domicilio. Tras semanas de gestión, por fin le anuncian desde Puerto Rico que las pastillas van en camino y le dan una dirección en Cienfuegos para recogerlas. La alegría y la esperanza llenan el corazón de la familia, pero Idalia tenía sus propios planes. La noche previa al viaje salvador, ella hizo su tercer y definitivo intento. Nunca se supo a ciencia cierta como fue a dar a las manos de ella aquel frasco de

Amitriptilina. Vino de afuera, eso es seguro, y se lo pasaron por la ventana; de eso no cabe dudas porque cada palmo del apartamento había sido revisado minuciosamente y sacada hasta la última aspirina. Dios juzgará al culpable y lanzará luz algún día sobre la duda de todos estos años.

Idalia fue una cubana. Cubana de corazón mambí y alma frágil que se quebró bajo el peso de la desesperanza en la oscuridad del castrismo.

Idalia fue mi madre. Y no pasa un día en que no rece por la paz de su alma y la libertad de Cuba.

Ramón Alberto Cruz-Lima fue periodista independiente en Cuba y director de la agencia Patria en Ciego de Ávila. Salió de Cuba en la primavera de 1999 y desde entonces vive en la ciudad de Houston, Texas, donde ejerce como maestro.